

—Tenga V. paciencia, *señor César* (dijo Rosalía acariciando al perro), que mi madre está pensando en este momento cómo hemos de salir del paso.

—El paso (replicó la viuda) no tiene más que una salida: dale ese pobre animal al P. Antonio, y que se lo lleve al monasterio.

—No hay otro remedio—añadió el P. Antonio.

—Sí hay,—insistió Rosalía.

—¿Cuál?

—Uno; porque es preciso que lo haya.

La madre pareció asombrada de la terquedad de su hija, y mirándola medio seria y medio risueña, le dijo:

—No sé, hija mía, si estará admitido entre los perros el uso del *biberón*; si lo estuviera, sería un recurso.

—¡Bravo! (exclamó el sacristán de la ermita.) Un perro criado con *biberón* debe llevarse á la historia natural. ¡Ea! Ya tienes un medio. Si el perro vive, será un milagro.

—Pues vivirá (añadió Rosalía poniéndose de pie); y tendrá V. que respetarme como á una santa, porque voy á hacer un milagro.

Y diciendo y haciendo, salió apresuradamente de la sala, llevándose á *César* acurrucado en el fondo del delantal de sarga negra que llevaba ceñido á la cintura.

CAPÍTULO VII.

Una mala noticia que alegra á la viuda.

—¡Qué criatura! (exclamó el P. Antonio, viendo salir á Rosalía.) Es una paloma sin hiel.

—Sí (replicó la viuda); pero es muy terca.

—¡Terca!.... ¡Bah!.... No paso por eso. Tiene la voluntad muy firme; convenido; pero no es eso lo que debe V. mirar, señora. ¿Acaso se empeña alguna vez en cosas que no sean justas y buenas?

—No la defienda V., P. Antonio. Muchas veces hemos hablado de esto mismo, y siempre he dicho: Rosalía es muy amiga de su gusto.

—¿Pero cuál es su gusto? También dirá V. que los santos son muy testarudos porque se empeñan en ser buenos.

—¡Vamos.... V. ha creído que Rosalía es una santa!

—Así lo creo.

—Pues no es más que una niña mimada, y ya es preciso ir corrigiendo los defectos de su carácter.

Si en la inocencia ingénita del P. Antonio cupiera alguna sombra de malicia, habría sospechado en esta ocasión que la viuda se complacía en acusar á su hija sólo por el gusto de oír sus alabanzas. Podía suponer que la deprimía para verla ensalzada. ¿Acaso no es este un aspecto de la ternura que las madres sienten por sus hijas?

Tal vez se disculpaba á sus propios ojos de las debilidades de su cariño con estos arranques de severidad; pero el P. Antonio tomaba al pie de la letra las palabras de la viuda, pareciéndole demasiado exigente aquel amor de madre.

—Eso es ambición, señora (le dijo). Rosalía puede servir de modelo á las jóvenes de su edad. Es el corazón más hermoso que Dios ha puesto sobre la tierra.

—Á su corazón (añadió la viuda, como hablando consigo misma) es á lo que yo le tengo miedo.

—¡Miedo! (exclamó el P. Antonio.) ¿Por qué?

—No lo sé (contestó); y además, sería inútil que intentara explicar la inquietud que siento, porque V., P. Antonio, no me entendería.

—Bueno; pero ¿qué teme V. de su corazón?

—Esa es la misma pregunta.

—Es verdad.

—Temo (añadió la viuda) la viveza de sus sentimientos.

—¡Toma, toma!.... V. teme que de la noche á la mañana advierta que ya es una mujer hecha y derecha, y quiera hacer lo que V. hizo, y lo que al fin y al cabo hacen todas las mujeres. Ahora caigo por qué me hizo V. una seña cuando yo iba á decir el nombre del que aspira muy formalmente á la mano de la muchacha.

—Hable V. más bajo, P. Antonio (advirtió la viuda). No es prudente que Rosalía nos oiga, y puede oírnos.

—Me parece (añadió el P. Antonio bajando la voz) que todos estos misterios son inútiles.

—¡Ojalá que lo fueran!

—¿Sabe V. de quién se trata?

Á esta pregunta contestó la viuda con un mo-

vimiento de cabeza, que no era afirmativo ni negativo, pues por el arqueamiento de ojos con que le acompañó, más bien parecía que lamentaba el caso; de lo que el P. Antonio dedujo, lo que cualquiera en su lugar habríamos deducido; á saber: que á la madre le era indiferente el nombre del pretendiente de su hija, en razón á haber resuelto no casarla nunca. Así es que contestó al movimiento de cabeza de la viuda con un fruncimiento de boca, que claramente expresaba lo inexplicable que era para él semejante propósito, en una madre que, por las circunstancias particulares de su situación, debía pensar más que ninguna otra en casar á su hija pronto, es decir, cuanto antes.

—Creí (dijo) que entraba aquí esta tarde trayendo una buena noticia.

—Lo creo.

—Pero, ¡ya se ve!, el hombre propone y Dios dispone.

—Eso, P. Antonio, sucede siempre.

—Cuando yo admití el encargo de servir de parlamentario, fué.....

—¿Por qué?

—Porque estaba seguro....

—¿Seguro de qué?

—Seguro de que habría por lo menos un armisticio.

—V. no ve (añadió la viuda) todo lo que hay de terrible en este asunto.

—¡Terrible! (exclamó el P. Antonio.) No le encuentro nada de terrible; al contrario, me parece la cosa más natural del mundo. Ya sabemos que Rosalía se merece un príncipe; pero en lo que aquí hay para escoger, es inmejorable.

—¿Á V. le parece eso?

—¡Claro está!

—¡Ay, P. Antonio!

—¿Qué?

—Nada.... nada.

—Pertenece (insistió el P. Antonio) á una de las familias más ilustres del pueblo.

—Lo ilustre de las familias no asegura la dicha.

—Es rico.

—V. es pobre (replicó la viuda), y sin embargo es dichoso.

—Es verdad; no me desespera mi pobreza, y vivo contento con ella; pero ¡cuánto bien se puede hacer en el mundo teniendo un buen corazón y un buen bolsillo! (Y buscando en el repertorio de su vocabulario militar una imagen que representara bien su pensamiento, añadió:) Sin municiones no se puede hacer fuego. No es esto sólo, porque hay que pensarlo todo: Rosalía rica sería una bendición para este pueblo.

—No sé, P. Antonio (advirtió la viuda, después de un momento de reflexión), si puede una madre vender el corazón de su hija sin ofender á Dios, por grandes que sean los beneficios que de ello resulten.

El fondo del espíritu del P. Antonio era la caridad; esto es, la unión ardiente y perfecta de dos grandes amores: el amor á Dios sobre todas las cosas, y el amor al prójimo. Tan hermoso sentimiento llenaba su alma de tal modo, que no presumía siquiera que pudieran detenerse los divinos impulsos de esta santa ternura ante ningún género de sacrificios. Así es que la objeción de la viuda hirió su entendimiento como un golpe inesperado. Mostróse perplejo, indeciso, sin acertar á unir los dos extremos de la cuestión que se le ofrecía.

Verdaderamente, Dios debe irritarse contra la madre que vende el corazón de su hija, aunque la guíe el más noble propósito, porque al hombre le está prohibido hacer el bien por medio del mal. La hija misma puede hacer el sacrificio de su corazón en el altar de la caridad, y esto es sublime; pero el heroísmo no se impone; los sacrificios han de ser voluntarios, y el corazón humano sólo los consume cuando tiene de su parte el auxilio de la divina gracia.

No era el P. Antonio un sabio, como ya hemos podido advertir; ignoraba felizmente todo ese cúmulo de conocimientos que llenan en ciertos momentos de oscuridad el mundo y extravían la inteligencia degradada y concupiscente de nuestro siglo. Su ciencia no pasaba de los límites del catecismo en que se halla contenida la doctrina cristiana. En ese pequeño volumen encontraba la tranquila luz de la verdad eterna, enseñanza inagotable, y la solución sencilla y profunda de todas sus dudas. Tampoco estaba su talento dotado de facultades extraordinarias; era lo que el mundo llamaría un talento vulgar, sin advertir que Dios lo había dotado con el genio de la virtud.

Á pesar, pues, de su escasa ciencia y de sus cortos alcances, vió claramente la cuestión propuesta por la viuda del modo que acabo de presentarla, y se encontró, si me es permitido el uso de esta imagen, entre la espada de su recta moral y la pared de su caridad ardiente.

Tal debió ser, digo mal, tal fué, pues me consta, la causa de su vacilación, y aunque por de pronto no supo qué responder á la grave dificultad que la viuda acababa de presentarle, no duró mucho tiempo su perplejidad, pues dándose una gran palmada en la frente, replicó diciendo:

—Esa es una emboscada. Sí, señora; Dios se enojará con la madre que venda el corazón de su hija, aunque emplee el dinero en socorrer y consolar todas las desgracias de la tierra : esto es claro como la luz del día; pero, vamos á cuentas, ¿quién habla aquí de vender corazón alguno? ¡Por vida de sanes! ¿Casarse es acaso venderse?... Bendito sea Dios, que todo lo dispone según su misericordia y su justicia: vivimos entre cristianos, y no entre turcos. Rosalía (añadió bajando la voz) puede llegar á ser la bendición de este pueblo sin hacer el sacrificio de su corazón.... ¿Qué sabemos?... ¿Cree V. que si hubiera bajado un oso de la sierra á pedir la mano de la muchacha habría yo venido á proponerle?....

—Supongo (dijo la viuda) que sea lo que se llama un buen partido....

—Un gran partido (añadió el P. Antonio): un gran partido.

—Joven.

—No es viejo.

—Hermoso.

—No es feo.

—Rico.

—Su fortuna es la más saneada del pueblo.

—Supongo también que ha concebido por mi hija un sentimiento profundo, un afecto verdadero.

—¡Oh! (exclamó el P. Antonio.) Eso es hablar de la mar. No sabe dónde ponerla.... Jura y perjura que la lleva en el pensamiento, y dice todos los desatinos que los hombres suelen decir en estos casos.... ¡Vamos!: da compasión oírlo.

—Pues bien (replicó la viuda): joven, según V. dice, de buena presencia, de buena fortuna, de ilus-

tre familia y enamorado como un tudesco, todavía se ofrece el principal inconveniente.

Quedóse el P. Antonio, al oír estas palabras, mirando atentamente á la viuda, con ojos llenos de asombro, y con la ingenuidad propia de su carácter, dejó escapar las siguientes frases :

—Señora (dijo): por lo visto, V. ha pensado casar á su hija con Napoleón I ó con el preste Juan de las Indias, á no ser que haya decidido conservarla para vestir imágenes.

—Se le ha olvidado á V. (contestó la viuda) incluir en el inventario una circunstancia muy importante. Tenemos en nuestro pretendiente juventud, belleza, amor, dinero, y un apellido recomendable. Muy bien, P. Antonio; pero ¿á cuántas estamos de virtudes?

—¡ Por vida de sanes! (exclamó el sacristán de la ermita.) Para mí todos los hombres tienen virtudes. No es un anacoreta, pero es un buen hombre.

—¿ Y ella?... ¿ y Rosalía?... (volvió á preguntar la viuda.) ¿ Cree V. que llene los deseos de su corazón ese matrimonio tan ventajoso?

—¿ Por qué no?

—Por razones inexplicables, por caprichos incomprensibles, por misterios que no entendemos. Mi hija (añadió con cierto orgullo) es indiferente á las lisonjas que tanto halagan á las mujeres cuando tienen diez y seis años. Yo vigilo sus acciones, sus palabras, y espío hasta sus sueños, y sé que nada ha visto todavía que despierte en ella inclinación ninguna, ni persistente ni pasajera, ni de afecto ni de vanidad. Hasta ahora para ella los hombres no significan nada : su corazón está en el limbo.

—Mejor que mejor (insistió el P. Antonio). Eso es miel sobre hojuelas.... Quiere decir que....

—Quiere decir (repitió la viuda interrumpiendo al P. Antonio) que eso es impropio de su edad, que hay en su corazón un mundo extraño del cual se obstina en no salir, y esto es lo que me da miedo. Yo no sé si me explicaré bien; pero me sucede con esta criatura lo que con los niños que están dormidos: no se atreve una á acercarse á ellos por temor de despertarlos.

El P. Antonio se encogió de hombros, diciendo:

—¡Vaya!: eso parece cosa de novela; son cavilaciones que debe V. desechar, porque es preciso ir pensando más juiciosamente. Creo que se le presenta á Rosalía un buen partido: ¿por qué ponerle bandera negra?

La viuda movió la cabeza por toda respuesta, y él prosiguió diciendo:

—¿Quién sabe si la muchacha habrá comprendido el caso? Porque, para estos asuntos, esos ángeles del cielo hablan con el demonio.

—No es posible.

—¡No es posible! Bueno. ¿Y si le agrada?

—Eso es más imposible todavía.

—Me va V. arrojando de todas mis posiciones; pero aún no me pronuncio en retirada. Hagamos la prueba; póngala V. en autos, y que ella decida.

—¡Nunca!—contestó la viuda con ademán resuelto.

Hubo un momento de silencio, durante el cual ambos interlocutores se contemplaron mutuamente, como dos enemigos que se miden antes de acometerse.

Es de creer que respectivamente experimentaran las mismas dudas que nosotros debemos haber concebido, viendo la insistencia del P. Antonio en lle-

var á buen término aquel repentino proyecto de matrimonio, y la resistencia de la viuda á entrar en negociaciones.

En verdad, era cosa extraña uno y otro empeño. ¿Por qué se obstinaba el P. Antonio en casar á Rosalía? ¿Por qué su madre se oponía tan resueltamente á un matrimonio que presentaba un conjunto tan favorable de buenas circunstancias? Las razones de la madre eran un tanto fantásticas y no poco especiosas; la conducta del P. Antonio era á su vez incomprendible. Por de pronto, sorprendía á la viuda que el buen sacerdote se hubiera encargado de aquella especie de tercería, y, en cuanto á él, parecía que nunca hubiera creído encontrar tan firme resistencia.

He aquí por qué se miraban uno á otro, queriendo sorprender en el ademán ó en la expresión el secreto impulso de sus respectivas conductas.

La sonrisa con que la viuda marcaba más expresivamente la intención de su mirada, daba indicios de que su perspicacia había penetrado algo en el secreto del P. Antonio; por el contrario, la actitud suspensa de éste revelaba que su espíritu se sumergía en un mar de confusiones. Tenía gran fe en la índole grave y juiciosa de la viuda, y no podía explicarse semejante locura.

Al cabo de algunos instantes de reflexión, dijo:

—Comprendo que no quiera V. compartir con nadie el cariño de su hija; pero, vamos: V. no ha de ser eterna: ¿y le parece á V. bien dejarla sola en el mundo?

La viuda bajó los ojos, como si quisiera ocultar la angustia que estas palabras producían en su alma, y el P. Antonio siguió diciendo:

—Sola y pobre.

Aquí exhaló un gran suspiro, como si las palabras que iba á añadir se arrancaran de lo íntimo de su pecho, y añadió :

—¡Cómo dispone las cosas la Providencia! Yo venía esta tarde alegre, creyendo que traía una buena noticia, y voy á salir de aquí triste, porque voy á dejar una noticia mala.

—¡Mala!—exclamó la viuda.

—No se trata del fin del mundo; pero es un contratiempo, que hace ya muchos días me quita el sueño. Yo guardaba este secreto; mas ya es preciso que V. lo sepa. Es una diablura. ¡Ya se ve!: cuando el demonio mete la pata....

—Sepamos la mala noticia (dijo la viuda, tratando de disimular su inquietud.) No dé V. más rodeos, puesto que es preciso que yo la sepa.

El P. Antonio se inclinó, acercando la boca al oído de la viuda, y bajando la voz cuanto le fué posible, articuló lentamente estas palabras :

—Tengo muy poderosas razones para asegurarle á V. que Rosalía no será la heredera de su tío.

—¡Ah! (exclamó la viuda sorprendida.) ¿Mi hermano se casa?

—¡Bah! No piensa en semejante cosa; pero tiene un heredero forzoso.

—¡Forzoso!....

—Pues.

—Yo soy su hermana única, y no hay otros parientes más cercanos. ¿Cómo puede ser eso?

—Es un heredero forzoso para la conciencia. ¿Comprende V.?

—Sospecho....

—Eso mismo : un extravío de los primeros años. ¿Qué culpa tiene la pobre criatura de que sus padres?.... Hay por medio una infeliz criatura, un po-

bre niño, que ya debe ser un hombre; un hijo, en fin, á quien ¡válgame Dios!, no puede darle su nombre.

—Y mi hermano, ¿qué piensa?

—¡Qué ha de pensar, si es su padre!....

—¡P. Antonio! (exclamó la viuda.) No sabe V. qué gran peso me quita de encima con esa noticia; yo no sabía nada, porque mi hermano es muy reservado, y, además, esas cosas debe costar mucho trabajo confesarlas. Y yo temía.... ¡qué visiones se ven algunas veces! ¡Claro está!: mi hermano, ¿en qué ha de pensar más que en su hijo?.... ¡Ay, P. Antonio! Cuando se tienen hijos, llenan el corazón de tal modo, que no dejan lugar para nada. ¿Y por qué no me lo ha dicho V. antes?.... Mi hermano (añadió con viveza) será un buen padre, ¿no es verdad, padre Antonio? Dedicará sus cuidados y todo su cariño á su hijo, porque así borraré su falta. Ahora comprendo la causa de la silenciosa tristeza que algunas veces distingo yo en su semblante. Tiene remordimientos.... debe tenerlos.... ¿No ha observado V. cómo relampaguean sus ojos cuando los fija en Rosalía, y cómo se estremece cuando ella ríe y cuando ella habla? Pues es sin duda alguna que la presencia de mi hija aviva en su corazón el recuerdo de su hijo.—¡Vamos, vamos!....! es una felicidad esta desgracia.

Hablando así, buscaba en los ademanes del padre Antonio asentimiento á sus palabras; pero el buen sacerdote, poseído de nueva sorpresa, permanecía inmóvil, sin saber qué pensar de aquella locuacidad repentina, cuyos conceptos no acababa de entender.

Al fin se encogió de hombros, diciendo :

—Todo eso significa que V. se alegra de que Rosalía no herede á su tío.

—¡Oh, sí! (se apresuró á decir la viuda.) Me alegro con toda mi alma.

Y, en efecto, la alegría iluminaba sus facciones con los vivos reflejos de un gozo inesperado.

El P. Antonio no alcanzaba la razón de este regocijo; mas volvió á su tema, dirigiéndole esta pregunta:

—¿Comprende V. ahora mi empeño en casar á la muchacha?

—Sí (contestó ella, dejando ver en sus ojos una mirada de gratitud). Ahora lo comprendo.

—¡Y bien!....

—¡Phs!.... alguna vez será preciso pensar en ello; pero esto, que es siempre un asunto muy delicado, tratándose de Rosalía se hace el caso más grave, porque bajo esa apariencia indiferente se esconden sentimientos muy vivos: la más pequeña violencia hecha á su corazón le costaría la vida.

—No digo yo (replicó el P. Antonio con cierta impaciencia) que le echemos ahora mismo las bendiciones; pero si alguna vez hay que pensar en ello, ¿por qué no pensar ya?... La ocasión se presenta, y no hay razón para darle con la puerta en las narices.

La viuda movió la cabeza con ademán dudoso; pero estas últimas observaciones del P. Antonio debieron hacerle alguna fuerza, porque contestó diciendo:

—Dudo que ese misterioso pretendiente encuentre cabida en el corazón de Rosalía.

—¿Por qué?—preguntó el P. Antonio.

Miró la viuda al sacerdote con la sonrisa de compasión con que la suficiencia debe mirar á la ignorancia, y apoyando el codo sobre la rodilla, y la barba en el hueco de la mano, dijo:

—Si ese hombre hubiera alcanzado de Rosalía alguna señal de esperanza, no habría recurrido á V. para que le sirva de intermediario. Me parece que esto es claro como el agua.

El aire de convicción profunda con que fueron pronunciadas estas palabras, no dejaron duda en el ánimo del P. Antonio acerca de su exactitud, haciéndole reconocer, aunque interiormente, su insuficiencia en la materia. La viuda añadió:

—Y á todo esto, aún no sé el nombre. Veamos: ¿quién aspira á ser mi yerno?

Esta repentina é inesperada curiosidad era una esperanza. El P. Antonio creyó que el corazón de la madre se ablandaba ante la perspectiva de su hija desheredada, y se apresuró á pronunciar el nombre que la viuda había detenido en sus labios media hora antes.

En honor de la verdad, no fué un nombre propio lo que pronunció el P. Antonio, sino un mote, uno de esos sobrenombres tan comunes en los pueblos pequeños, y á que da origen cualquier circunstancia particular en la vida ó en la persona. Estos apodosos se heredan y pasan de padres á hijos, y de ellos se han formado muchos apellidos ilustres.

Al oír el nombre articulado por el P. Antonio, exclamó la viuda con risueño asombro:

—¡Hola! ¡*el Niño* piensa ya en esas cosas!

—*El Niño* (replicó el P. Antonio) ha cumplido ya veintiun años, está hecho un varal, tiene más fuerza que un toro, y maneja un par de mulas que no hay más que pedirle.

—Cierto: la mayor parte de las jóvenes del pueblo se darían por muy contentas con la boda que V. me propone para mi hija, porque *el Niño* es un buen partido: sabe leer, sabe escribir, reúne una

gran herencia, posee el mejor olivar de estas cercanías, tiene muchos pares de labor; pero Rosalía es caprichosa, y se le ha metido en la cabeza que *el Niño* es tonto de remate. Además, creo que el abuelo proyecta un matrimonio de familia, un matrimonio de conveniencia; por consiguiente, no debemos hablar más del asunto.

Semejantes palabras acabaron de disipar las esperanzas que el P. Antonio había concebido, y renunció humildemente á ellas.

—Bueno (dijo levantándose). No hay nada perdido; pero ¿con quién se va á casar esa muchacha?

—No sé (contestó la madre): eso es cuenta de ella; y ¡ojalá....!

La exclamación se detuvo en sus labios, como temerosa de descubrir un deseo imposible.

—Pues, señor (dijo el P. Antonio), levanto el sitio: he quemado hasta el último cartucho, y me vuelvo al monasterio. La paz de Dios sea en esta casa.

—V. la ha traído esta tarde, P. Antonio.

Ambos interlocutores se miraron un momento, la viuda con ojos llenos de gratitud, y el P. Antonio con ojos llenos de asombro. Este último salió de la casa pensativo, y se dirigió al santuario, dando vueltas en su imaginación á una especie de logogrifo que no acertaba á explicarse.

Él decía, hablando entre dientes:

—Que esta buena señora no tenga prisa por casar á su hija, no es lo corriente; pero, ¡vamos!, no me maravilla, y es natural que espere como llovido del cielo un yerno de muchas campanillas; mas, ¿por qué se alegra de que á Rosalía le haya salido un primo que de una mano á otra le quita la herencia de su tío?....

Ante esta pregunta se detenía su pensamiento

como un ciego que pierde el tino, y andaba á tientas, sin encontrar salida á la oscuridad del caso. En la sencillez de su entendimiento no había advertido que en el corazón de la madre se ocultaba algún secreto, algún triste y vago presentimiento, alguno de esos anuncios que, saliendo del fondo misterioso del alma, nos anticipan el temor inexplicable de futuras desdichas.

Ello es, por raro que parezca, que la viuda había recibido aquella mala noticia con muestras inequívocas de sincera alegría. Aquél sobrino ignorado, hijo de una falta que la viuda parecía dispuesta á disculpar acaso con excesiva benevolencia, y que aparecía de repente quitando á Rosalía la esperanza de una buena herencia, era efectivamente para la viuda un motivo de júbilo.

Desde que el P. Antonio le descubrió este secreto de su hermano, debió dilatarse su corazón íntimamente oprimido, porque la alegría se reflejó en su semblante como un rayo de sol sobre un cielo nublado.

Mas el P. Antonio encontró al fin la clave del enigma, pues al cruzar el solitario claustro del monasterio, iba diciendo á media voz:

—¡Bah!.... es una santa.... recibe con regocijo las contrariedades con que Dios prueba su paciencia.... esa es la virtud.

De esta manera la bondad de su corazón resolvió la duda de su entendimiento.